



## LA HABANA IMAGINARIA DE *Eusebio Leal Spengler*

Plazas, calles, fachadas, patios... tienen la huella de su andar vertiginoso por el Centro Histórico, que rescató del olvido y convirtió en referente universal. Como mismo hay ciudades imaginarias en la literatura y las artes, con personas y territorios de ficción, durante años hemos sido partícipes de una Habana ensoñada por el intelecto y la poética del Historiador de la Ciudad.

por **ARGEL CALCINES**, fotos **JOEL GUERRA**

**R**ecuerdo haber hablado por primera vez con Eusebio Leal Spengler en el Museo de la Ciudad, antiguo Palacio de los Capitanes Generales. Corría el año 1996 y allí tenía todavía su sede, justamente en el entresuelo donde se conservan el buró y pertenencias de su predecesor, Emilio Roig de Leuchsenring. Después de una versión de prueba, habíamos presentado el primer número de *Opus Habana* y, desde entonces, yo estaba a cargo de su edición general. En lo adelante, juntos decidiríamos cuáles serían el artista de portada y el entrevistado para la sección «Entrecubanos», así como qué temas de la restauración habrían de priorizarse. También yo aprovechaba para hojear los cuadernos con las crónicas costumbristas que Roig escribió para *Social* y *Carteles*. Al reproducirlos en nuestra revista, contribuíamos a rescatar esa faceta periodístico-literaria de Emilito, creando un vínculo con aquellas publicaciones que consideramos nuestro precedente.

Esos recortes de prensa se habían conservado gracias a su viuda, María Benítez, quien solía visitar cada mañana esa sala museable para limpiarla y ordenarla. Al verme tan interesado, ella me regaló un ejemplar de la edición príncipe de *El caballero que ha perdido su señora*, la pequeña selección de esos artículos que había sido publicada en 1923 en Costa Rica. En aquel mismo estante con los cuadernos de recortes mencionados estaba el álbum de tapa dura y roja que contenía la clave para entender cómo se había efectuado el traspaso de uno a otro Historiador de la Ciudad. Sin dudas, María había servido como el enlace necesario en momentos muy difíciles para la institución. Al referirse a ellos, Leal cuenta en entrevista que me concedió en 2009:

«A mí me tocó ser testigo del silencio que reinó cuando Emilito ya no estaba y se pensaba que la Oficina del Historiador de la Ciudad iría languideciendo mientras los bienes patrimoniales, muchos de ellos pertenecientes a su colección personal, salían hacia el Instituto de Historia, la Biblioteca Nacional, la Academia de Ciencias, el Archivo Nacional...

»A este último, por ejemplo, fueron a parar los grabados que le había regalado Conrado Massaguer, la colección de retratos de cubanos y extranjeros ilustres que habían visitado a Cuba... También salieron las cartas de Martí que el hijo de Manuel Mercado había donado y que Emilito conservaba al lado del buró, junto a sus libros personales, los cuales fueron enviados a la Biblioteca Nacional.

»Ya hoy no pienso en eso, pero en aquellos momentos tenía la visión de que el legado de Roig de Leuchsenring era como una vela que se derretía, que se apagaba...

»Es verdad que la doctora Violeta Serrano, quien había sido nombrada para custodiar sus bienes, fue muy generosa conmigo y me acogió con gran cordialidad, pero ella se daba cuenta que estaba entre la espada y la pared. Porque la Oficina del Historiador de la Ciudad estaba compuesta por seis o siete personas exclusivamente, y la única que todavía era joven y potente era María Benítez, la que —con toda la autoridad moral del mundo— nunca acató aquella intervención.

»A ella, en primera instancia, y a esos “jóvenes ancianos”, debo mi legitimación como continuador de la obra de Roig, cuando otros dudaban de mis intenciones o cuestionaban mi capacidad para tal empeño».\*

Han pasado volando los años y, ahora, el Historiador de la Ciudad ha accedido a concederme esta

segunda entrevista. ¿Cómo había logrado construirse sus propias circunstancias?; ¿qué sentimientos más recónditos lo animan en su incansable quehacer?... Si la tenacidad y el coraje son atributos espirituales de Eusebio Leal Spengler, no hay dudas de que el amor a la patria ha sido su *elan vital*: esa enorme fuerza creativa para superar cualquier obstáculo en el afán de redescubrir un pasado, un atisbo de belleza genuina, una genealogía perdida... todo eso que se engloba hoy bajo el concepto de «patrimonio histórico-cultural».

Plazas, calles, fachadas, patios... tienen la huella de su andar vertiginoso por el Centro Histórico, que rescató del olvido y convirtió en referente universal. Como mismo hay ciudades imaginarias en la literatura y las artes, con personas y territorios de ficción, durante años hemos sido partícipes de una Habana ensoñada por el intelecto y la poética del Historiador de la Ciudad. Abusando de su confianza, me atrevo a sugerirle que nos desplazemos a nuestro antojo por los cinco siglos de historia que tiene su ciudad imaginaria. Son apenas cinco preguntas, una por cada siglo...

*Imaginemos que usted estuvo presente en el acto fundacional de la villa de San Cristóbal de La Habana. ¿Cuáles vestigios se conservan en el presente que permiten transportarnos al siglo XVI y convivir con los primeros habaneros como Juan de Rojas?*

Nunca he sido partidario de la reencarnación, pero de tanto haberle dedicado mi vida a esta ciudad, podría aceptar que estuve de cuerpo presente en su acto fundacional hace cinco siglos. Al menos, asumo para ti que estuve allí. Fue realmente hermoso: los fundadores tenían sus ropas de otro clima y, acorde con la solemnidad que requería esa tradición castellana, se habían dispuesto alrededor de la ceiba por ser árbol significativo y corpulento. Si te fijas bien en el cuadro de Vermay que recrea el acontecimiento, por la posición que ocupan en primer plano, hay siete u ocho figuras dominantes que serían los alcaldes, regidores y demás capitulares —o cabildantes, como se diría en América—, incluido el escribano público, de espaldas, con el acta fundacional enrollada en la mano.

Aunque el pintor haya recurrido a la licencia artística, es importante ese detalle porque simboliza el dilema: no existe ningún documento que se refiera directamente a la fundación de la villa de San Cristóbal de La Habana ni a su traslación hasta asentarse en la costa septentrional, en el lugar que ocupa hoy. Luego de varios años de intensa búsqueda, la historiadora norteamericana Irene Wright no logró encontrarlo en el Archivo General de Indias. Pero yo persisto en la idea de que allí o en el Archivo General de Simancas, adonde fueron transferidos los fondos más antiguos del Archivo de la Chancillería o Registro del Sello de la Corte, algún día aparecerá una

copia de esa primera acta capitular o algún otro papel que aclare el enigma de nuestro acto fundacional.

Que la villa fue fundada primeramente en la costa sur, no hay ninguna duda, ya que lo afirman varios cronistas, aunque sea el clérigo Francisco López de Gómara, autor de *Crónica de la Nueva España*, el único en situarla geográficamente en la costa del río Onicaginal, que pudiera ser el actual Mayabeque. A esa población primitiva se refiere el padre Las Casas cuando relata el hallazgo de un pan de cera amarilla enterrado en la arena, atribuyéndoselo a los indios mercaderes de Yucatán que arribaban a esos parajes en sus canoas. También Antonio de Herrera Tordesillas, que sigue el relato de Las Casas; Bernal Díaz del Castillo, y, más tarde, Antonio de Solís y Rivadeneyra corroboran la existencia de ese primer poblado. Pero ninguno de esos cronistas ofrece información precisa sobre el sitio y fecha en que fue fundada la villa, ni tampoco sobre el tiempo en que se realizó su traslado hacia la costa norte y su instalación definitiva en el lugar que hoy ocupa, junto al puerto denominado de Carenas. «Análoga incertidumbre se registra en cuanto a las causas que motivaron esos traslados», afirma mi predecesor Emilio Roig de Leuchsenring en su *Historia de La Habana*.

Tanto como imaginar la posibilidad fantástica de remontarnos en el tiempo, sería muy provechoso corroborar cómo los propios historiadores hemos contribuido a la conformación del mito fundacional. Comienza con José Martín Félix de Arrate y su *Llave del Nuevo Mundo: antemural de las Indias Occidentales*, cuyo manuscrito terminó en 1761 y no fue publicado hasta 1830. Como se sabe, este heredó el cargo de regidor perpetuo y después fue alcalde ordinario de esta ciudad. Su cotejo de las crónicas de Indias inicia el enfoque interpretativo que, a falta de datos más precisos, hace que coexistan distintas versiones de manera confusa hasta hoy día. Si bien se acoge al testimonio de Bernal del Castillo para establecer que la villa fue trasladada hacia su lugar actual en 1519, Arrate no esclarece su aseveración de que el primer asiento en la costa sur se fundó en 1515. Estas fechas aparecen en la inscripción adosada a la columna de Cagigal con el texto: *Fundose la villa hoy ciudad de la Havana el año de 1515 y al mudarse de su primitivo asiento a la ribera de este puerto el de 1519 es tradición que en este sitio se halló una frondosa ceiba bajo de la cual se celebró la primera misa y cabildo (...)*

Al referirse en *Llave del Nuevo Mundo* a la erección de ese padrón en noviembre de 1754 —un año después de que la presunta ceiba primitiva fue esterilizada—, bien pudiera ser que el propio Arrate haya sido el redactor de esa inscripción y de aquella otra, en latín antiguo, cuya primera frase tomé para titular uno de mis primeros libros: *Detén el paso, caminante, /adorna este sitio un árbol, /una ceiba frondosa, más bien/ diré signo memorable de la prudencia y antigua*

*religión/ de la joven ciudad (...)*. Digo esto porque, además de cabildante e historiador, Arrate era poeta y se conserva su soneto a La Habana, que es la primera declaración de amor patriótica a nuestra ciudad.

Esa primera misa y acto condignos tenían un significado jurídico y religioso que dotaba a todos los vecinos de los mismos derechos y franquicias de Castilla. Antes de acometer la fundación de una villa o ciudad, debía verificarse la toma de posesión del territorio y el dominio de los indios conquistados —«pacificados», se decía—, reduciéndolos a comunidades urbanas para su conversión al catolicismo. Como afirma López de Gómara: «Quien no poblare no hará buena conquista, y no conquistando la tierra no se convertirá la gente, así que la máxima del conquistador ha de ser poblar». Al recrear la primera misa fundacional en su segundo lienzo, Vermay simboliza ese ideal de «pacificación» mediante el gesto amistoso del conquistador que pone su mano en el hombro del indio hincado de hinojos. El papagayo de bello plumaje, posado en la ceiba, evocaría la prístina naturaleza de la Isla que describe el padre Las Casas cuando relata que los niños solían cazar esas aves, subiéndose a los árboles. Aunque su *Historia de las Indias* permaneció inédita hasta entrado el siglo XIX, el contenido de esta obra se conocía por Antonio de Herrera, quien copió textualmente párrafos enteros de aquel manuscrito, incluyendo el pasaje aludido.

¿Qué habría ocurrido a tanta distancia de España, en presencia de tantas situaciones nuevas y diversas, si no hubiera sido por esas tradiciones reguladoras de la vida comunitaria? Una vez vino alguien a preguntarme sobre las razones de lo que él consideraba una superchería: la ceremonia de darle tres vueltas a la ceiba de El Templete. Al contestarle, le expresé que existían motivaciones infinitas, porque hay mucho de misterio en esa costumbre. Hoy pienso que es el vestigio más importante de aquel acto fundacional. Acogiéndome a tu fantasía de la traslación en el tiempo, pero invirtiéndola ahora, podría decirte que Juan de Rojas, Francisco Montejo, Pedro Barba, Pedro de Villarreal, Juan Sedeño... todos los primeros habaneros están junto a nosotros cada 16 de noviembre, cuando celebramos esta tradición legendaria que nos hace sentirnos «refundadores» de la ciudad.

*A partir del siglo XVII, La Habana se convierte en una de las ciudades abaluartadas más imponentes de América. Estamos ahora mismo en el torreón del Castillo de los Tres Reyes del Morro y, como heredero de la tradición de la vigía, me gustaría que oteara el horizonte para identificar las naves que arriban, zarpan o navegan... ¿Cuánto le debe esta ciudad a su condición de puerto marítimo? ¿Cómo definiría la relación de los habaneros con el mar?*

Los habaneros vivimos siempre mirando al mar, aguardando lo bueno y lo malo. Nadie como el vigía en lo alto del Morro, a sesenta pies sobre los acantilados, sentiría esa dualidad en los siglos XVI o XVII: alegría y jolgorio cuando avizoraba la aproximación de las flotas de Veracruz o de Tierra Firme; alarma cuando aparecían navíos sospechosos de no pertenecer a ningún convoy español. Si estos navegaban demasiado rápidamente, cuando debían suponerse cargados de metales preciosos, enseguida aquel alertaba sobre el número de velas que descubría en la distancia. Tales señales eran replicadas mediante campanadas, banderas y astas en el torreón del Castillo de la Real Fuerza. Este había sido reconstruido luego de que la villa fuese ocupada y quemada por el francés Jacques de Sores en 1555. Desde entonces, los vecinos hacían guardia en aquel peñasco o promontorio sobre las rocas —de ahí su nombre de *morro*—, aprovechando la gran visibilidad del puerto, villa y playas a barlovento y sotavento. También había vigías en el saliente de La Punta por su dominio de la bocana de la rada, mientras que centinelas a caballo se movían por el litoral para mantener alertas a las tropas en caso necesario.

Aun así era un sistema defensivo vulnerable y, ante la omnipresencia de corsarios y piratas como el inglés Francis Drake, la villa habanera debió abaluartarse urgentemente. En 1589, Bautista Antonelli inició la construcción de los castillos de los Tres Reyes del Morro y de San Salvador de la Punta, sustituyendo a las antiguas torres de calicanto que existían en esos mismos lugares. No alcanzó el ingeniero italiano a culminar esas obras suyas, al estar inmerso en otros proyectos defensivos en el Caribe. Cuando partió definitivamente de esta villa en 1594, marchando hacia Nombre de Dios, Portobelo y Cartagena, la terminación de aquellas fortificaciones quedó a cargo de su sobrino Cristóbal de Roda. Esta arquitectura militar dotó a La Habana de su peculiar fisonomía renacentista y se convirtió en su principal referente simbólico. Así, cuando el rey Felipe II le concede el escudo de ciudad en 1592, los tres castillos aparecen sobre el fondo azul del golfo de México, conjuntamente con una llave, representación del comercio. La Habana se convirtió en el punto clave del sistema defensivo del Caribe: «Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales».

El puerto es el origen de la ciudad y, alrededor de su carácter fortificado, se fomentó una intensa actividad marítima que incluía la construcción, reparación y carena de navíos. La Habana fue el principal astillero del imperio español y el único que se mantuvo en activo durante más de cien años, llegando a superar a sus homólogos en la Península: El Ferrol, La Carraca, Guarnizo y Cartagena, tanto en cantidad como en calidad de sus bajeles, cuya larga vida útil se

debió a la excepcionalidad de las nobles maderas cubanas. Aquí fueron contruidos diferentes buques para la Armada de Barlovento, y se carenaron y recompusieron prácticamente la totalidad de los diferentes navíos que formaron parte de esa fuerza naval a lo largo del XVII. En la enorme sierra hidráulica del Real Arsenal, movida por la fuerza de agua de un ramal de la Zanja Real, fueron aserrados los maderos que conformaron la estructura del *Santísima Trinidad* (1769), el buque de guerra de mayor velamen jamás construido, único en tener cuatro puentes. En la *Machina* se arbolaron una centena de naves, entre ellas el propio *Trinidad*, participe en la gran batalla de Trafalgar (1805), junto al *Rayo* (1749), *Bahama* (1780) y *Príncipe de Asturias* (1794).

Ahora que se proyecta un nuevo futuro para el puerto habanero, se abre la oportunidad de revivir el inmenso significado histórico de ese estuario para la antigua ciudad intramural, hoy Centro Histórico. Situada en el centro del Mar Caribe, La Habana sería como la Venecia en el centro del Mar Mediterráneo. Me gusta referirme a la fiesta de la Sensa, cuando se celebraba un ritual para engrandecer la reconocida autoridad y supremacía veneciana en el Mar Adriático. Según esa tradición antiquísima, el dux o dogo salía en el *Bucintoro* —que así se llamaba su nave maravillosa—, y cuando llegaba a la desembocadura del puerto, se quitaba el anillo de oro y lo lanzaba al agua. Este gesto simbolizaba el matrimonio perpetuo entre Venecia y el mar, elemento fundamental para su poder y fortuna.

Cuando uno pasa por la noche o a la caída de la tarde por el Malecón, miles de habaneros están en diálogo íntimo con el mar. Desde hace años, luchamos porque los antiguos muelles portuarios se conviertan en la prolongación de las calles ciudadanas y la gente se acerque a comprar el pescado o a ver los barcos como un espectáculo. Y aunque ahora no estén los bellos y blancos cruceros por culpa de una política hostil e inmoral, pienso que la bahía habanera se convertirá en lugar de encuentro cosmopolita. Por el mar vinieron la bandera y las expediciones patrióticas. Por el mar llegaron los buques que rompieron un bloqueo anterior y el actual. Así fue y será siempre.

Es curioso, pero nunca he podido usar de manera constante un anillo de matrimonio. Me han quedado grandes o, por una extraña razón, las relaciones que más he apreciado nunca han durado mucho tiempo conmigo. Quizás porque el compromiso fundamental lo hice a bordo de una nave parecida al *Bucintoro* o en lo alto de la torre de la vigía en el Morro. Desde allá arriba lanzo todos los días mi anillo a las aguas del Mar Caribe para reiterar mi matrimonio simbólico con La Habana.

*Según documento del Archivo de Indias, a partir de 1774 se comenzaron a hacer los disparos desde la recién*

*construida fortaleza de San Carlos de la Cabaña para avisar a los habaneros sobre la apertura y cierre de las puertas de la muralla. Esa ceremonia militar quedó como la tradición del «cañonazo de las nueve» y, gracias a su iniciativa, desde 1986 se acompaña con voces y movimientos correspondientes a un antiguo Reglamento de Infantería. ¿Cómo se vivía ese instante del cañonazo en la noche habanera a fines del siglo XVIII?*

Se solía decir, y tenlo como una voz popular, que la luz de *alante* es la que alumbra. Por orden del Cabildo, a partir de determinada hora, los vecinos debían usar un farolito, y existía una sola calle donde se dejaba una luz encendida; de ahí que todavía lleve ese nombre: Lamparilla. Esa visión de la ronda nocturna alrededor de la ciudad intramural; esa voz de los serenos anunciando la hora según la tradición tan española, y esos disparos que se oían al alba o al poniente, indicando que debían abrirse o cerrarse las míticas puertas de la muralla, no dejan de tener cierta connotación nostálgica para mí. Después de nuestros primeros trabajos arqueológicos en búsqueda de la antigua Parroquia Mayor durante la década de 1970, nos dedicamos a excavar alrededor de la garita y baluarte de San Telmo en 1984. Gracias a Roig, este es el único fragmento conservado del lienzo marítimo que se extendía como un gran abanico desde el Castillo de la Punta a la Capitanía del Puerto. El resto fue demolido cuando se hicieron las obras de relleno y ampliación del litoral del puerto entre 1926 y 1928.

Las primeras imagenes reales, no imaginadas, de la ciudad amurallada se deben al pintor marinista Dominic Serres y su famosa serie de óleos y grabados sobre la captura de La Habana por las tropas británicas en 1762. Me refiero específicamente a la vista de esa flota invasora entrando a la bahía para tomar posesión, el 16 de agosto, cuando ya la plaza se ha rendido. Esta imagen formidable parece haber sido tomada desde la altura de un mástil y puede verse nítidamente cómo eran los muros y baluartes, tanto por tierra como por mar. Ondeaba el pabellón británico en la farola del Morro, medio derruida por las balas de los cañones, mientras dos corbetas y varias chalupas repletas de ingleses armados se internan en el canal de la rada. Deberán esperar a que sea desenganchada la cadena de tozas de cedro, además de rebotarse los tres navíos hundidos por los propios españoles para impedir la entrada al puerto. Por el lado de tierra, como un inmenso hormiguero, las tropas británicas comienzan a apoderarse de la ciudad, penetrando en su interior por la puerta de La Punta, frente al castillo de igual nombre. En un segundo plano, son fácilmente reconocibles todos los campanarios de las iglesias, que parecen haber enmudecido luego de la derrota.

Hay un antes y un después de la ocupación británica, la cual duró once meses. A su término, inmediatamente se dispusieron los planes para restaurar el Morro y construir la más grande fortaleza de América sobre la loma de la Cabaña, llamándola Castillo de San Carlos en honor al rey Carlos III. Sobre la loma de Soto, se erigió el Castillo de Atarés para proteger el fondo de la bahía, y encima de la loma de Aróstegui, el Castillo del Príncipe, dedicado a Carlos IV. Cada una de estas tres nuevas fortalezas respondió a la mayor lección de aquella contienda bélica: no debía descuidarse ninguna altura sobre la ciudad que tuviera valor estratégico militar. La presencia inglesa también fue importante en muchos otros sentidos, al marcar un punto de inflexión en el devenir de la economía, gracias a la liberación del comercio exterior, trayendo grandes cambios en la vida política y cultural. La Habana volvió a ser española, pero ya nunca sería igual. Podría decirse que, a partir de ese momento, esta ciudad fue más cosmopolita. «Bulevar del Nuevo Mundo», le llama el abate Raynal en su *Historia de las dos Indias*, publicada por primera vez en 1770.

En aquella época, la jornada se regía por el tañido de campanas que marcaba el tiempo litúrgico: alba, laudes, misa conventual, consagración, fin de la misa, mediodía, vísperas, oración de la tarde, ánimas... Pero el desorden de repiques era tal que, cuando el obispo Espada tomó posesión de su mitra, dictó un *Edicto de Campanas* en 1803 para restringirlos a tres toques diarios de tres minutos cada uno. El otro referente temporal eran los dos cañonazos que se disparaban desde la *Capitana*, un navío fijo atracado en el Apostadero. El primer disparo se hacía al alba, y el otro al ocaso. Una lápida con un león sobre un globo en relieve indicaba en la llamada Puerta de Tierra la vigencia de tal régimen: *A solis ortu us ad occasum*. Esta frase también aludía a que el sol no se ponía en los dominios del imperio español, dado que estos abarcaban ambos hemisferios.

«Ya *tiraron* el cañonazo», decían los habaneros cuando escuchaban el estampido a las ocho de la noche. Al terminarse la construcción de la fortaleza de la Cabaña en 1774, esa ceremonia se hizo desde este enclave y, a partir de entonces, lleva repitiéndose diariamente hace más de dos siglos, si bien fue corrida a las nueve de la noche tras el cese de la dominación española en 1898.

Cuando en 1986 el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl Castro Ruz, aceptó la idea de restaurar las fortificaciones del Morro y la Cabaña para que pudieran ser visitadas como lugares históricos, entonces también nos propusimos engalanar la ceremonia del cañonazo de las nueve. Un oficial, varios artilleros, un farolero, un portaestandarte y un tamborilero ejecutarían una fantasía militar a la usanza de la segunda mitad del siglo XVIII.



«*Como mismo he pensado que Ese sol del mundo moral, de Cintio Vitier, debe ser texto en nuestras escuelas, así creo en la importancia de la poesía y en la inmortalidad del alma, que Martí defiende en su hermosa crónica dedicada a Walt Whitman. Parafraseándolo, podría afirmar que la poesía nos ha sido más necesaria que la industria misma, pues mientras esta última nos proporcionó los medios para subsistir en nuestro proyecto, aquella nos ha dado el deseo y la fuerza de la vida para no cejar en el empeño. Para mí, las siguientes interrogantes martianas están más vigentes que nunca: “¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? (...) ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?”*»

Sus uniformes fueron los mismos que había diseñado el pintor Nicolás de la Escalera para uno de los tercios de las Milicias de Infantería de la Plaza de La Habana. Las voces de mando y movimientos correspondientes se inspiraron en diferentes ordenanzas de artillería. La belleza de los gestos marciales y el redoblar del tambor se combinaron para imprimirle más suspenso al acto de cronométrica puntualidad, cuando el soldado aplica la mecha al oído del cañón y se produce el disparo.

Ahora van cientos de personas a ver esa ceremonia. Desde que se prende con el botafuego hasta el momento de la detonación, hay un intervalo de seis segundos. Como el sonido viaja a 340 metros por segundo, el cañonazo de las nueve llega con ligeras diferencias a los distintos lugares de la ciudad en dependencia de la dirección y fuerza del viento. A falta de la antigua muralla, de la que quedan apenas unos pocos fragmentos, esta tradición centenaria se ha convertido en patrimonio sonoro que invoca el carácter intramural del Centro Histórico. Es un hito simbólico y comunicacional que nos sumerge en la noche habanera de todos los tiempos.

*Asumo que le hubiera gustado estudiar en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio durante la época del obispo Espada y el padre Félix Varela. ¿Cuánto hay de espiritualidad en la obra de restauración del Centro Histórico que usted ha protagonizado durante décadas? ¿Podríamos definir un sentimiento o poética de la «habaneridad»?*

De haber coincidido con las reformas que introdujo el obispo Santiago José de Hechavarría, quizás habría ingresado en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio durante su renovación en 1773. O sería ya en época del obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, a quien Martí invoca en su panegírico de Antonio Bachiller y Morales, cuando se refiere a «los preopinantes fogosos, los doctores noveles, con su toga de raso, los escolares ansiosos de ver montar en su calea amarilla de persianas verdes a aquel obispo español, que llevamos en el corazón todos los cubanos». Y es que Bachiller sí fue uno de aquellos seminaristas, aunque no siguió la carrera eclesiástica. Tampoco yo me decidí, pero de joven visitaba el Seminario y solía comer el fruto de una higuera en el patio que se decía había sido plantada por el propio Espada. También recuerdo que se conservaba el laboratorio de Física y Química que él había habilitado: cajas galvánicas, tubos de ensayo, máquinas neumáticas..., en su mayoría de la firma inglesa Adams. Eran los mismos instrumentos que el Padre Félix Varela había utilizado para sus clases y experimentos.

A lo largo del siglo XIX se fragua la nación cubana. Es el siglo de nuestros clásicos nacionales, y co-

mienza con la generación de ilustrados habaneros que lideran José Agustín Caballero, Manuel de Zequeira y Arango, Tomás Romay y Francisco Arango y Parreño. Ellos fundaron *El Papel Periódico de La Habana*, cuyo primer número apareció el domingo 24 de octubre de 1790. «Habaneros, proteger la Humanidad, ilustrad la Patria», se lee en el pergamino que sostiene don Luis de las Casas y Aragorri en el lienzo pintado por Juan del Río para rendir memoria a ese capitán general, fundador de aquel periódico, de la primera Biblioteca Pública, de la Sociedad Económica Amigos del País y de la Casa de Beneficiencia.

Si bien Arrate había dedicado un soneto de amor a su patria natal, se necesitarían los ánimos ilustrados para que ese «enamoramiento» se afanzara como inquietud cultural a través de la poesía y el artículo costumbrista en aquellas cuatro páginas impresas. Con su oda *A la piña* —por ejemplo—, Zequeira convierte esta fruta tropical en símbolo habanero que el copero de Júpiter ofrece a los demás dioses en el Olimpo. Al retomar el mito fundacional de la ciudad, el obispo Espada decide que copas con piñas rematen los pilares de El Templo, llevando a la arquitectura neoclásica la misma metáfora de aquel canto de alabanza: *Salve, suelo feliz, donde prodiga! Madre naturaleza en abundancia! La odorífera planta fumigable!! ¡Salve feliz Habana!* Todo cuanto hemos hecho en el Centro Histórico responde a este sentimiento o poética que podríamos definir como «habaneridad». De ser realmente así, habríamos contribuido a que se cumpla la profecía de Martí cuando exclamó en su ya mencionado obituario de Bachiller: «¡Pero han de volver, sin duda, los tiempos de Espada!».

La cultura es la coraza moral de un país; la poesía es una de las escamas de esa armadura. Es por eso que, de viajar físicamente al siglo XIX, no dejaría de asistir a la tertulia de Domingo del Monte en el Palacio de Aldama para conocer a sus integrantes, si bien Fina García Marruz se me adelantó con sus fabulosos *Estudios delmontinos*. Allí estarían Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero, Anacleto Bermúdez, Ramón Palma, José Antonio Echeverría, los hermanos González del Valle (Zacarías y Manuel) y Ramón Zambrana, entre otros jóvenes melencidos que Del Monte llamaba festivamente «la pandilla estudiantil». Mientras su esposa Rosita —hija de Domingo Aldama— reparte champola de guanábana o natilla a los distintos grupos replegados en el espacioso salón, yo aprovecharía para asomarme a los ventanales para tratar de ver la Fuente de la India o de la Noble Habana en la entrada al Campo de Marte.

Nunca nos avergonzaremos de ser románticos. Podría emocionarme cuando escuche la «voz grave y dolorosa de Manzano leyendo, a su sobrecogido auditorio, el quevedesco soneto a sus treinta años»,

tal y como se imagina Finá que sucedió cuando aquel poeta negro, esclavo y autodidacta fue presentado en el cenáculo del montino. Toda incursión al siglo XIX cubano tiene que vérselas obligatoriamente con esa cara sórdida de la sociedad esclavista, de la cual Manzano dejó páginas desgarradoras en su *Autobiografía*. De ser guiado por Villaverde, tan conocedor de todos los rincones de esta ciudad, le pediría seguir la pista de su personaje inmortal, quien sintetiza el drama de una nación que se negaba a reconocer su gota de sangre africana. Juntos desandaríamos las escenas de su novela *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, que es también un monumento literario a La Habana.

La figura del ya mencionado Bachiller y Morales, patriarca de la erudición cubana, será siempre un punto de partida o un punto de referencia. Con sus *Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública en Cuba* (1862) se convirtió en el primer historiador de nuestra cultura, además de haber sido arqueólogo, filósofo, naturalista, historiador, bibliógrafo... Era famosa su biblioteca personal en la calle San Miguel 56, que fue saqueada cuando partió con su familia hacia Nueva York después de los trágicos sucesos del Teatro Villanueva. Al regresar en 1878, volvió a recomponerla con cerca de 5 000 volúmenes que trasladó consigo para su nueva morada en Reina 125. Estos fueron donados por sus descendientes a la Biblioteca Nacional, dirigida por Domingo Figarola-Caneda, quien había tenido el privilegio de acompañar al sabio en sus recorridos matutinos por las librerías de la calle Obispo. Es lo que me gustaría también hacer a mí, y aprovecharía para preguntarle sobre la misa oficiada por el obispo Espada en la inauguración de El Templete. Siendo apenas un adolescente, Bachiller estuvo presente en esa ceremonia junto a su madre. Ambos aparecen, arrodillados en primer plano, en el cuadro panorámico que pintó Vermay para testimoniar dicho acontecimiento.

Entre las obras de restauración conmemorativas del 500 aniversario de la ciudad, decidimos acometer el rescate de la última casa donde vivió el polígrafo —hoy, Reina 359—, convirtiéndola en biblioteca pública que lleva su nombre. De esta manera cumplimos otros de nuestros grandes sueños, al igual que logramos recuperar el inmueble de Prado 88 (actual 266), donde estuvo el Colegio San Pablo de Rafael María Mendive. Y lo mismo hicimos en su momento con el Colegio El Salvador de José de la Luz y Caballero en su sede de Teniente Rey 39 (hoy, 257). No se trata solamente del significado patrimonial de las piedras y de los arcos, sino del inmenso valor espiritual que representan esas edificaciones, como si al restaurarlas tuvieramos un acto de gratitud para con esos fundadores de la nación cubana y su magisterio de honda raíz cristiana.

Como mismo he pensado que *Ese sol del mundo moral*, de Cintio Vitier, debe ser texto en nuestras

escuelas, así creo en la importancia de la poesía y en la inmortalidad del alma, que Martí defiende en su hermosa crónica dedicada a Walt Whitman. Parafraseándolo, podría afirmar que la poesía nos ha sido más necesaria que la industria misma, pues mientras esta última nos proporcionó los medios para subsistir en nuestro proyecto, aquella nos ha dado el deseo y la fuerza de la vida para no cejar en el empeño. Para mí, las siguientes interrogantes martianas están más vigentes que nunca: «¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? (...) ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?»

*Hace cincuenta años, en 1969, se cumplió el 450 aniversario de la fundación de La Habana. Entonces usted apenas era el «administrador» de las obras de restauración del antiguo Palacio de los Capitanes Generales, entonces sede del gobierno municipal y provincial, para transformarlo en Museo de la Ciudad. De volver a aquellos tiempos, ¿qué le gustaría revivir con su experiencia actual? ¿Cuáles consejos daría a su sucesor como Historiador de la Ciudad?*

Todo lo que había que hacer, ya está hecho, y el que ha de venir, ya está. Una vez dije que yo era hijo de mi tiempo, y es verdad. Favorecido por las nuevas circunstancias en época de Revolución, quiso Dios o el destino que llegara a aquel Palacio entre luces y sombras. De poder regresar a ese instante, pero teniendo la experiencia actual, lo más probable es que volviera a dejarme atrapar por el mismo torbellino inenarrable para estar aquí, donde ahora estamos. Quiero decir: no me arrepiento de nada. Cuando muchos de mis amigos se marchaban del país, o recelaban de mí al verme con ansias de integrarme al proceso revolucionario, me salvó el deseo vehemente de servir a mi patria. Como alguna vez te expresé: no me quedé; me fui quedando, como un pequeño Prometeo encadenado a la roca, debatiéndome entre Fe o Revolución.

La idea de convertir el antiguo Palacio de los Capitanes Generales en Museo de la Ciudad había sido siempre un sueño de Roig, pero esa edificación era la sede del Ayuntamiento y difícilmente podía haberse cumplido. Por lo que solo pudo concebirlo modestamente cuando la Oficina del Historiador de la Ciudad se trasladó en 1947 para el Palacio de Conde de Casa Lombillo, frente a la Plaza de la Catedral. Allí fue donde conocí a Emilito, como ya he contado en otras ocasiones; apenas dos o tres años antes de que falleciera. El pequeño museo contenía piezas interesantísimas que se conservaban en la galería del patio, cuyos arcos estaban cerrados con ventanales. Entre las esculturas al aire libre sobresalía la de Fernando VII, que había sido removida de su pedes-



tal en la Plaza de Armas para colocar la de Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria. En la planta baja también estaban el Archivo Histórico, Publicaciones y la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle. El despacho de Roig se encontraba en el entresuelo y, para acceder al mismo, debía subirse por una escalerita de madera en espiral. Allí te recibía María Benítez, su esposa y más fiel colaboradora, sin cuya aprobación no hubiera podido verle.

Emilito estaba sentado ante su buró, pulcramente vestido de blanco, ya que era verano. Como joven religioso, le expliqué que venía con el ánimo de una reparación, tras haber criticado públicamente su libro *La Iglesia católica contra la independencia de Cuba* (1960). Estaba recién publicado y su contenido era objeto de debate en el seno de Juventud Católica, considerándolo poco menos que una afrenta. Sin embargo, arrepentido de mis desacertadas opiniones, quería remediar la falta cometida. No me dijo absolutamente nada. Se incorporó y, haciendo un movimiento con los brazos —como quien dice: «esto es un asunto terminado»—, me extendió la mano por encima de la mesa. Entonces no podía imaginar que me tocaría a mí refundar el Museo de la Ciudad, salvando su inmenso legado de artífice.

Al ser desocupado el Palacio Municipal en 1967 por la Administración Metropolitana, de la que yo era un empleado, quedé a cargo efectivamente de su reconstrucción física como «administrador» o «responsable». Estaba al frente de un pequeño grupo de hombres: albañiles, carpinteros, mecánicos, electricistas... gente muy generosa, muy sencilla, que no tenían muchas letras, pero que conocían y amaban su oficio. Junto a las labores constructivas, comienza mi interés arqueológico por encontrar los restos de la Parroquial Mayor. Hasta ese momento no se sabía qué había debajo de la ciudad. Incluso subsistía la leyenda de que túneles subterráneos unían a las fortificaciones con las iglesias para salvar los tesoros de los templos en caso de peligro. A esto se refiere Roig en *La Casa de Gobierno o Palacio Municipal de La Habana* (1961).

Debo reconocer que yo era todo pasión, todo carácter, pero carecía de conocimientos y de cultura. Aun así me convertí en el guía de cuanta delegación visitaba aquella edificación colonial. Para ello me valía de los libros escritos por Emilito, como el antes mencionado. También de sus fabulosos «Cuadernos de Historia Habanera», cuya edición de 5000 ejemplares impresos en material rústico había distribuido gratuitamente entre escuelas, bibliotecas e intelectuales. Terminamos de reeditarlos este año como otra de las iniciativas dedicadas al aniversario fundacional. De modo que Roig me dio la lámpara en la noche oscura para andar por sus caminos. Nunca podría terminar de agradecerle por su valor como hombre,

periodista, publicista e historiador que defendió la cubanía hasta su muerte, sin claudicar jamás.

A María Benítez, ya viuda, la cuidé mientras vivió. Cuando algunas personas allegadas a Emilito se aprovecharon de su muerte para minimizar la institución en beneficio propio, ella contribuyó a mi legitimación como el joven discípulo de aquel, aunque apenas hubiera sido un beneficiario de sus enseñanzas. Convenció de esto a sus amigos, entre los cuales había figuras de gran importancia en el nuevo orden político. Mientras que algunos aceptaron a regañadientes, otros nos apoyaron con generosidad infinita, como es el caso de Juan Marinello y su esposa Pepilla. El sábado 23 de agosto de 1969, el mismo día en que Roig hubiese cumplido 80 años de edad, celebramos por primera vez su natalicio en el entresuelo del Palacio, adonde fueron restituidos su buró y pertenencias para fundar una salita permanente en su memoria. A nuestro llamado acudieron sus contemporáneos, en su mayoría ya ancianos: Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo, Salvador Massip y Sara Isalgué, Raquel Catalá, Enrique Gay Calvó, José Antonio Portuondo y José Luciano Franco, entre otros. Hace ya algún tiempo entregué a nuestro Archivo el álbum que conoces con el documento probatorio de la refundación del Museo de la Ciudad, redactado y firmado ese día por todos los participantes. Te exhorto a consultarlo una vez más, porque es la punta del hilo de la madeja. A partir del mismo comienza a hilvanarse esta historia que llega hasta el día de hoy.

Debo a la Revolución generosa todo lo que he logrado. No vio ella mis defectos ni mis limitaciones, sino apreció cuanto podía ser útil en mí. Caminé incansablemente por las calles conduciendo a miles y miles de trabajadores. Conduje a incontables reyes y jefes de Estado. Acompañé a todos para mostrarles un proyecto que no existía, salvo en mi imaginación. Hasta que un día tuve el apoyo del líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz. «¿Qué podemos hacer por La Habana Vieja?», me preguntó luego de visitar Cartagena de Indias, justamente en el epílogo de aquel viaje, cuando ya volábamos de regreso a Cuba. Le respondí: «Consolidar el principio de autoridad», y me escuchó. Perpetuado en una tarja de bronce, el Decreto 143 con su firma puede leerse en la fachada del antiguo Palacio de los Capitanes Generales, hoy Museo de la Ciudad. Allí comenzó todo, hace ya cincuenta años. Quizás ha llegado el momento de escribir mis memorias.

---

\*Argel Calcines: «Un día en la historia con Eusebio Leal Spengler», en Eusebio Leal Spengler: *Legado y memoria*, La Habana Ediciones Boloña, 2009, p. 27.

---

**ARGEL CALCINES**, editor general fundador de Opus Habana.

## HABANA PANORÁMICA

Las imágenes panorámicas de la rada habanera deparan el gran placer estético de abarcar todo el paisaje urbano de borde marítimo: desde la bocana hasta el interior de la bahía. Esta foto fue tomada el 19 de julio de 2019, desde la altura de la Cabaña. Obsérvese en el centro de la imagen la cúpula del Capitolio Nacional en plena restauración.

Fue el pintor y litógrafo francés Pierre Toussaint Frédéric Mialhe (1810-1881) quien por primera vez tuvo la voluntad artística de trascender los límites del campo de visión y obtener la representación de La Habana como ciudad portuaria, siguiendo el recorrido de la mirada.

Desde un punto privilegiado en el poblado de Casablanca, concibió la serie de tres grabados con vistas sucesivas del litoral que aquí se muestra. Cuando La Habana se abrió al hallazgo y la exploración de la mirada del viajero, Mialhe contribuyó a que fuera conocida allende los mares no solo por sus vistas urbanas, sino por la documentación de las tradiciones y costumbres de sus ciudadanos. Su antológico álbum *Viaje pintoresco alrededor de la Isla de Cuba* (1848-1849) fue plagiado por la casa B. May y C<sup>a</sup> y, tras ser transpuestas a la cromolitografía en el taller Storch & Kramer de Berlín, sus imágenes aparecieron con ligeras variaciones en *Álbum pintoresco de la Isla de Cuba* (1855).

Este número especial de la revista *Opus Habana*, dedicado al V Centenario de la fundación de la villa de San Cristóbal de La Habana, se inspira en la obra de Mialhe, considerándolo el cronista visual que mejor captó el sentimiento de «habaneridad». Por este concepto se entiende el orgullo o cualidad que imprime a todo lo relacionado con la capital cubana un sentido de trascendencia desde lo particular a lo universal.







